

Solemnidad de la Natividad del Señor (24-12-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos esta noche santa de Navidad porque algo nuevo ha ocurrido en la historia de la humanidad que conviene resaltar siempre y que nos recuerda lo más hondo de nuestra humanidad: Aquel que en todas las religiones es considerado, dibujado, apreciado bajo la grandeza, la magnificencia, la realeza, ha querido revelarse a nosotros no con esa imagen, sino con la imagen de la identificación con un niño pequeño, con una persona “insignificante”. Y ha nacido en la insignificancia y entre los insignificantes.

Hoy día, el Santo Padre lo acaba de decir en la misa de medianoche en Roma, al señalar que ya no miramos al cielo para “ver” a Dios, miramos a Dios en lo que está abajo, en la tierra y en lo más abajo de la tierra: los pequeños, los indefensos, los pobres, los pastores, la gente de nuestro pueblo.

Cuando el ángel anuncia: "*Les doy una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo*". Qué diferentes expresiones hacemos, ¿no? “La alegría de que Dios esté en mi alma”, eso está bien, pero es para todo el pueblo, para que todos seamos un pueblo en el que nos comprendamos y vivamos la hermandad porque Aquel que ha nacido es el Hijo de Dios que nos hace a todos hermanos porque somos hijos del mismo Padre. Y eso es lo que nos ha revelado.

Por eso en la Carta a Tito, hoy día San Pablo nos dice: "*Se ha manifestado la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres*" (Tito 2:11). Y muy bien ha leído hoy día nuestro diácono - que va a ser ordenado este domingo

sacerdote - como padre Rusbert Huatoco: "*Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor*". No esa forma equivocada que usamos: "...y en la tierra paz a los hombres que aman al Señor". Para que el Señor nos ame no necesitamos amarlo, Él nos ama gratuitamente; si no, la gloria sería solamente para los que lo aman, ¿no es cierto? Y la paz sería solamente para los que lo aman. Y Dios nos ama a todos, sin distinción, a cada uno y a todos como pueblo, para constituir una esperanza humana en su conjunto.

Todo esto es tan importante porque hoy día tenemos una "recatafila" de endiosados que se hacen adorar y someten a los pueblos al arbitrio, a la desesperación, al maltrato y los ponen bajo su égida creyéndose Dios. Pues el Señor, mediante esta revelación, les muestra el verdadero rostro de Dios, que es amor gratuito, gracia. La gracia es la única que nos puede sacar de las desgracias humanas.

Por eso es que esta fiesta está celebrada siempre primero con los niños, que son un regalo de Dios, como ahora que nos han llegado en su corito. Y también es celebrada con regalos, porque el Señor nos regaló a su Hijo. Jesús es el mayor regalo que podemos recibir, y todas las otras formas nos ayudan a ayudarnos mutuamente a reconocernos y darnos, intercambiar entre nosotros regalos como signo de que hemos de vivir un mundo basado en lo gratuito y no en lo que cuesta, no en el cálculo, sino en el compartir. Y eso nos saca de la desgracia. Vivir en la desgracia es vivir permanentemente compitiendo y peleando por el dinero y por los bienes para que cada uno se las arregle como pueda, como pasa a la mayoría de nuestro pueblo. Y, más bien, en vez de ser devotos de María, nos convertimos en devotos de la "virgen del puño": amarretes, egoístas, buscadores

únicamente del beneficio propio y no el beneficio ajeno, porque Dios dio los bienes para que todos los compartamos y encontremos una forma de igualarnos y de ayudarnos en ese camino.

Si en la Iglesia se trata de hacer una cáritas para servir, es solamente como un signo para recordarnos que todo debe ser cáritas. Toda nuestra vida debe aprender a organizar un sistema de vida en el cual todos tengan oportunidades y ventajas para seguir adelante. Pero, para eso, delicadamente, con sencillez y con ternura, el Niño, en toda su sencillez, nos muestra el rostro más precioso que tiene Dios: la debilidad de Dios por nosotros, su amor. Y, por lo tanto, ese Niño va a caminar sirviendo por su vida cuando crezca - así lo leemos en los evangelios - y en el momento definitivo de su vida no se va a bajar de la cruz, sino que va a convertirla en el signo del perdón y de la misericordia que Él vino a anunciarnos.

Ese es el camino a seguir para que el mundo sea mejor. ¡No hay otro! Lo hemos anunciado estos veinte siglos los cristianos. Lo continuaremos haciendo y nuestra misión es anunciarlo en forma **desarmada y desarmante**, como dice el Papa León XIV: desarmada, no a través de las armas, no a través de las imposiciones; a través del diálogo, de la misericordia, del compartir, del amarse, del promover a los demás unos a otros, el apreciarnos y reconocer las cosas lindas que tenemos. Ese aprecio es uno de los mejores regalos que se pueden recibir, más que una cosa concreta, ¿no es cierto?

Cuando alguien, en vez de despreciarme, me aprecia o aprecia al otro y lo promueve, también lo “desarma”, le quita los odios y lo vuelve dócil a la amistad. Y los niños son los

más felices cuando son promovidos; y los mayores también, porque han pasado muchos años, pero hay cosas lindas que han hecho y, entonces, viven de ese reconocimiento.

Eso es lo que hacemos con los santos. Este año hemos inaugurado ya el año de Toribio de Mogrovejo, que supo apreciar a todos los pueblos pobres que él recorrió desde Paita hasta Lima en la primera vez y, luego, cinco veces más. Y por eso se le recuerda. A él debemos en gran parte la fe cristiana que tenemos en todo el país, en todos los rincones del Perú, porque fue pueblo por pueblo, persona por persona, grupo por grupo, alentándolos y reconociendo su valor.

Hoy día, entonces, hermanos y hermanas, reconozcamos que, en el corazón de este Niño pequeño y débil, Dios habita plenamente y nos está enseñando el único camino de salvación. ¿Por qué decimos así? No para imponerlo, sino porque todos los "caminos de salvación" arbitrariamente organizados, no implican, en primer lugar, el abajarse, el ser de condición divina y anonadarse por los demás; implica siempre el ensoberbecerse, el creernos lo que no somos, y hemos visto todas esas desgracias que ocurren hoy día producto de la vanagloria, producto de la ambición de poder, producto de la ambición, sobre todo, del dinero.

Ayudémonos en ese camino, hermanos y hermanas, porque el Señor es el primero en ayudarnos. Se ha metido en nosotros, especialmente, en los más pequeñines, y nos está diciendo todos los días: "organicen un mundo al servicio de los pequeños". Y eso los alegrará porque ustedes también recuperarán lo más bello que tienen, que es el corazón humilde y sencillo que nos ha dado Dios porque, en el fondo,

nos ha hecho a su imagen. Y su imagen es así: desprendida, generosa, amable, delicada, sencilla y duradera.

Hoy día el Papa León XIV, antes de comenzar la misa en el San Pedro, como había una multitud enorme en la plaza y la misa se hace dentro en la catedral de san Pedro, encerrados, antes de comenzar pasó en medio, salió a la puerta de la plaza y les dijo: "perdónenme que no puedo estar con todos, pero les doy mi saludo en esta noche santa. Y si van a ver por la teletransmisión, estemos unidos en esta misa". El primer gesto de sencillez fue saludar al pueblo que estaba en la Plaza de San Pedro. Un gesto muy bonito, y así luego, entonces, entró en la celebración y ya la terminaron dando la bendición a todos.

Que este camino lo sigamos juntos, hermanos y hermanas, especialmente, con la Iglesia que estamos forjando en nuestra ciudad y que todos nuestros antepasados han luchado por hacerla una Iglesia signo de esperanza. Es verdad que, por ser limeños, a veces, tenemos esa cosa de la "sobradera limeña", ¿no? Pero ya que ahora somos casi todos mezclados, pues como decía Nicomedes Santa Cruz somos:"indiblanquinegros, blanquinegrindios, y negrindoblancos", y ya nos mezclamos en Lima también, hay que aprender a ser solidarios los unos con los otros y no a ningunearnos, sino a levantarnos el ánimo todos mutuamente, valorándonos y ayudándonos.

¡Feliz Navidad para todos, hermanos y hermanas!